

# Problema nacional y lucha de clases en la Guerra del Pacífico. La resistencia de la Breña en la Sierra Central, 1881-1886

Florencia E. Mallon

**E**l reciente centenario del comienzo de la Guerra del Pacífico (1879-1884) ha generado un intenso debate sobre el problema nacional y el desarrollo de la conciencia nacionalista en el Perú. Frente a la rápida derrota sufrida por el ejército peruano (1879-1881) y la desunión de la población durante la ocupación chilena (1881-1884), los historiadores han comenzado a preguntarse si los varios sectores de la sociedad peruana supieron pasar por encima de sus intereses étnicos, raciales o de clase para darle prioridad a la lucha contra el invasor. Una posición en este debate, formando parte de la nueva tendencia historiográfica que critica los supuestos más estérilmente patrióticos de la historia peruana del siglo XIX, mantiene que la población en general, en vez de unirse en la defensa común del territorio nacional, prefirió mantenerse neutral o hasta aliarse con los chilenos en contra de sus enemigos internos. La oligarquía, temiéndole más a las clases populares que a los chilenos, se mostró dispuesta a tolerar una invasión mientras que sus intereses económicos no sufrieran. Por su parte, los chinos, indígenas y negros se valieron de la confusión creada por la guerra para vengarse de sus patronos, iniciando un conflicto racial que continuaría, por lo menos en la sierra, hasta después de la desocupación. No debe sorprendernos, por tanto, que el Perú sufriera una derrota tan vergonzosa. Al no saber unirse detrás de un propósito nacional, los peruanos resultaron presa fácil para el esfuerzo unido del ejército chileno<sup>2</sup>.

El otro lado de este debate también recalca la desunión de la clase dominante frente a la invasión chilena, pero difiere radicalmente en cuanto al papel del campesinado indígena, especialmente en la sierra central durante la campaña de La Breña. Según esta interpretación, el campesinado de la región central organizó, entre 1881 y 1883, sus propias unidades guerrilleras a través de sus concejos municipales. Identificando la causa de la patria con sus intereses comunales más directos, estos montoneros se enfrentaron al ejército chileno en nombre de la nación peruana y “disciplinaron” a los hacendados peruanos que se volvieron traidores al aliarse con las fuerzas chile-

nas. Según este análisis, la derrota peruana se explica porque la posición de clases de la oligarquía terrateniente le imposibilitó aliarse al campesinado en una resistencia nacional<sup>3</sup>.

Sin duda, este debate ha sido suscitado en parte por diferencias empíricas, puesto que cada lado se ha basado en diferentes zonas del país para formular sus generalizaciones<sup>4</sup>. Pero también hay una discrepancia fundamental a nivel teórico, que tiene que ver con la definición del "problema nacional". Una posible definición es que el problema nacional surge por primera vez cuando una burguesía, generada por los cambios sociales y económicos asociados al desarrollo del capitalismo, esboza su estrategia de clase (democracia política, desarrollo económico, integración nacional, modernización, etc.), la define como proyecto nacional que favorece a todas las clases de la sociedad, e intenta tomar control del Estado para ponerla en práctica. En este contexto, el nacionalismo, por lo menos en su forma moderna, es la ideología que acepta el proyecto burgués como válido para la sociedad en su conjunto y hace un llamado a todos los grupos raciales, étnicos y económicos para que sacrifiquen sus intereses individuales a favor de "la nación". Pero ¿cómo se puede aplicar esta definición a una sociedad neocolonial, racialmente heterogénea y balkanizada como el Perú del siglo XIX, donde la burguesía nacional no existía ni aún en forma claramente embriónica? Quizá sea este problema el foco más importante del debate<sup>5</sup>.

Como contribución a la literatura sobre la guerra con Chile, esta discusión es tremendamente importante. Por primera vez, los historiadores están sobrepasando los viejos desacuerdos diplomáticos y militares. En vez de culpar a uno u otro país, se está usando el período de crisis causado por la guerra para examinar problemas históricos y sociales de interés más amplio. Pero al limitarse el debate a la existencia o falta de conciencia nacionalista entre diferentes clases o sectores de la sociedad peruana, no se ha avanzado mucho en la discusión sobre el nacionalismo. Todavía hace falta examinar el proceso a través del cual la conciencia nacionalista, como fuerza social, política y cultural, llega a existir. ¿Es el nacionalismo un espíritu que reside, en forma inherente, dentro de cada persona? De ser así, para inspirar el patriotismo bastaría con localizarlo en cada individuo haciendo un llamado a los ideales "correctos". ¿O acaso el nacionalismo emerge solamente de la experiencia práctica? En este segundo caso, sería imposible definir el espíritu nacional *a priori*; el nacionalismo surgiría solamente de luchas y enfrentamientos directos, y tendría diferentes significados para los distintos grupos y clases dentro de la sociedad.

Como hipótesis inicial, valdría la pena distinguir dos etapas en el desarrollo del nacionalismo. Una primera, en que las condiciones estructurales para su

desarrollo —incluyendo factores como una lengua o cultura en común, la presencia de una clase con un proyecto nacional, la integración de diferentes sectores a una economía o un mercado más amplio, etc.— empiezan a existir dentro de un determinado territorio. Y una segunda, en que surge el nacionalismo en sí, definido como un interés nacional mayor ante el cual las diferentes clases o sectores están dispuestos a sacrificar sus intereses más “mezquinos”. En este contexto, quizá sea útil recordar las categorías marxistas para las clases sociales: clase en sí, que simplemente denota una tendencia estructural hacia la conciencia gracias a una relación específica con los medios de producción, pero sin que exista un nivel de conciencia determinado; y clase para sí, que describe una situación en la que personas concretas, a través de sus experiencias y luchas, han comenzado a definirse conscientemente como parte de una clase. Si aplicamos este análisis a la conciencia nacionalista, resulta claro que no debemos confundir un evento que ayuda a crear las condiciones para el desarrollo del nacionalismo con el surgimiento del nacionalismo en sí. La conciencia nacionalista emergerá solamente como resultado de enfrentamientos directos, cuando se empiece a definir un interés común en la lucha contra un enemigo común.

En el Perú del siglo XIX, se habían empezado a crear algunas condiciones para la integración nacional, pero sin generarse todavía una conciencia nacionalista. Una élite nacional incipiente, consolidada alrededor del guano y la agricultura costeña, había formulado un proyecto de desarrollo nacional en la plataforma del partido civilista; pero todavía no había logrado convencer a una coalición más extensa de grupos de que este proyecto tenía valor más general. Como resultado de la expansión económica y comercial entre 1860 y 1879, algunos sectores populares empezaron a participar de modo significativo, aunque no siempre libremente, como trabajadores y consumidores en una economía más amplia. Pero las clases populares en su conjunto, divididas racial, cultural y geográficamente, tenían entre sí pocos intereses comunes, y menos todavía con la incipiente burguesía de la costa. Por tanto, no debemos usar la guerra del Pacífico para probar o desaprobado la existencia del nacionalismo; sino más bien apreciarla como un primer momento a partir del cual puede empezar a surgir la conciencia nacionalista. Y es precisamente en este contexto que resulta valioso un estudio del caso de la sierra central.

Económica y políticamente, la región central estuvo integrada al desarrollo de Lima y de la costa por lo menos desde inicios del siglo XIX. Durante las guerras de la Independencia, fue la única zona del virreinato que generó un esfuerzo guerrillero independiente, apoyando a los ejércitos de San Martín (1820-1822) y Bolívar (1823-1824) en sus intentos de liberar el territo-

rio peruano de la presencia **española**. Los mineros y comerciantes que encabezaron este esfuerzo **consolidaron** más tarde su posición económica y política en la zona, **comprando** las mejores haciendas a una fracción de su precio original. Además de **diversificar** sus inversiones en la agricultura, la minería y el comercio, esta nueva clase dominante regional contrajo alianzas matrimoniales con importantes familias de otras zonas. Hacia la década de 1870, sus miembros más **prestigiosos** habían participado directamente, o mediante el matrimonio, en la consolidación de la deuda interna, la organización de los primeros **bancos**, el contrato Dreyfus, y la fundación del partido civilista<sup>6</sup>.

Desde el punto de vista de las clases populares, la sierra central también demostraba un alto nivel de **integración** nacional. Durante el período colonial, la posición estratégica de esta zona en relación a las rutas comerciales había generado múltiples **oportunidades** de trabajo fuera de la estructura de la comunidad indígena tradicional. En la segunda mitad del siglo XVIII, cuando la industria minera del Cerro de Pasco se transformó en la más importante del virreinato, el **dinamismo** económico de la región creció todavía más. Especialmente en las comunidades indígenas cercanas a las rutas comerciales o a las minas, la **ampliación** de alternativas para trabajar en los diferentes sectores de la economía comercial tendía a romper con las costumbres tradicionales de la vida comunal. Tanto fue así que, al comenzar el siglo XIX, la estructura comunal de la zona no era ya ni "indígena" ni "corporativa". Los campesinos **migraban** y producían para el mercado; una buena parte de la tierra comunal **estaba** en manos privadas, tanto de comuneros como de personas recién llegadas; un alto porcentaje de la población, hombres y mujeres, hablaba español; y la propiedad agrícola cambiaba de dueño con suficiente frecuencia como para crear, a nivel de pueblo, un mercado incipiente de tierras<sup>7</sup>.

Tanto para los hacendados como para los campesinos, el alto grado de integración a una economía y sociedad más amplia había creado las condiciones materiales para la emergencia de una conciencia nacionalista moderna. Fue entonces, entre 1881 y 1883, que expediciones chilenas invadieron la zona en tres diferentes ocasiones para barrer con la resistencia guerrillera organizada por Andrés Cáceres. Al enfrentarse directamente al enemigo, la población de la sierra central comenzó, a través de su experiencia concreta, a definir un interés nacional y ponerlo en acción. Pero una defensa eficaz resultó depender no sólo de cómo se definía el interés nacional, sino también del grado de prioridad que las diferentes clases de la región podían darle a la defensa nacional. Y militando en contra de una resistencia unida estaba el hecho de que las ocupaciones chilenas del valle del Mantaro dejaron al

descubierto una serie de tensiones de clases que venían intensificándose en la zona durante la expansión comercial de los últimos veinte años.

En las dos décadas anteriores a la guerra, la sierra central había vivido un período de gran prosperidad. Alentados por el alza de precios en el mercado limeño, los terratenientes habían iniciado una expansión y racionalización de la producción agropecuaria, enviando crecientes cantidades de lana, carne y mantequilla hacia la capital. Cuando se logró reconquistar la ceja de selva y desplazar a los campos más adentro, hacia las zonas propiamente amazónicas, los pioneros irrumpieron para transformar las tierras vírgenes en nuevas haciendas y producir aguardiente para el mercado regional. Aunque el sector minero en general tendió a estancarse, el descubrimiento ocasional de una rica veta de plata producía grandes ganancias, atrayendo a numerosos migrantes que llegaban en busca de nuevas oportunidades.

La expansión de la producción agropecuaria generó también un incremento en la actividad comercial. Arrieros de pueblos campesinos empezaron a frecuentar las altas rutas montañosas, transportando coca y aguardiente de las nuevas zonas subtropicales hasta los mercados regionales de Jauja y Cerro de Pasco; llevando mantequilla, lana y plata a Lima; volviendo con bienes suntuarios europeos para los terratenientes y telas baratas para los pobladores. Casas comerciales de Europa y Estados Unidos establecieron oficinas en Cerro de Pasco, atraídas por su posición como centro político y minero de Junín. Numerosos mercaderes sirvieron de intermediarios para las casas extranjeras y los grandes comerciantes. Aprovechando la demanda local de bienes manufacturados, algunos transportaron artículos de Lima y Cerro de Pasco hasta los pequeños mercados de pueblo, intercambiándolos por mercancías agrícolas y artesanales. Otros se dedicaron al arrieraje, contratando a campesinos para que llevaran cargas de un sitio a otro, o produciendo en sus pequeñas y medianas propiedades agrícolas la alfalfa necesaria para alimentar a los animales<sup>8</sup>.

La comercialización generalizada de la economía regional atrajo hacia las comunidades a personas de afuera que se interesaron en la agricultura local. A través de la hipoteca y la compra, comerciantes y terratenientes incursionaron en las mejores tierras: las más fértiles, las que tenían agua, las más cercanas a las rutas comerciales. Algunas familias de pequeños comerciantes se establecieron directamente en las comunidades, casándose con miembros de las principales familias campesinas y ganando influencia política y social. Otros continuaron viviendo en las ciudades, administrando sus tiendas de pueblo desde afuera y cultivando al partir sus chacras recientemente adquiridas. En todo caso, estos pequeños comerciantes tenían una función importante dentro del sector campesino, puesto que al establecer

relaciones personales y de clientelaje servían para hacer entrar a la comunidad mayores cantidades de mercancías y dinero, mientras que ayudaban a proveer trabajadores para la economía comercial.

Como solía suceder en épocas de expansión económica, una mayor demanda de trabajo en los sectores minero, agrícola y comercial se encontró con una economía campesina relativamente autosuficiente, generando una escasez de brazos. Los campesinos eran dueños de abundante tierra, animales y otros medios de producción; por lo tanto era necesario usar alguna forma de compulsión extraeconómica para obligarlos a trabajar fuera de las comunidades. Los empresarios que deseaban expandir su acceso al trabajo de otros tenían dos alternativas: o quitarles la tierra a los campesinos, dejándolos sin otra posibilidad que vender su fuerza de trabajo "voluntariamente"; o incrementar la circulación de mercancías dentro de las comunidades hasta que los campesinos, deseando adquirir ciertos productos foráneos y endeudados a los comerciantes, tendrían que buscar trabajo eventual fuera de sus pueblos para financiar sus nuevas obligaciones. A pesar de que se progresó algo en la separación del campesinado de los medios de producción mediante la expansión de la hacienda y la pérdida de chacras individuales que habían sido hipotecadas, claramente resultó imposible, por lo menos a corto plazo, quitarle a los campesinos una parte socialmente significativa de su acceso a la tierra. Por tanto, los mineros, comerciantes y terratenientes no tuvieron más alternativa que obtener su fuerza de trabajo en forma indirecta, desarrollando y utilizando relaciones de clientelaje con los pequeños comerciantes residentes en las comunidades<sup>9</sup>.

Al estallar la guerra, entonces, las mismas tendencias que facilitaban la integración de todos los grupos en la sierra central a un sistema social, económico y político más amplio, también estaban definiendo nuevas posibilidades de conflicto entre clases. El creciente dinamismo de la economía regional había fortalecido las conexiones de la clase dominante al mercado limeño y expandido las alternativas de empleo para el campesinado, pero también había agudizado las tensiones entre clases alrededor de los problemas del trabajo y de la tierra. Las nuevas relaciones de clientelaje en los pueblos podían impulsar la incorporación de la política local al creciente aparato estatal a nivel regional y nacional; pero el uso de estas relaciones para proveer de fuerza de trabajo a la economía comercial desembocó en desacuerdos y conflictos, no sólo entre campesinos y comerciantes sino también entre los comerciantes mismos. Por tanto, aunque al organizarse la resistencia de La Breña era posible que se desarrollara una conciencia nacionalista entre los habitantes de la sierra central, la existencia de un alto nivel de tensión de clase militaba en contra de dicho desarrollo. Cómo se

resolvieron estas tendencias contradictorias dependió, a final de cuentas, de la forma específica en que se desarrolló la situación histórica.

## LA RESISTENCIA DE LA BREÑA

En la madrugada del 15 de abril de 1881, Andrés Cáceres, coronel del derrotado ejército peruano, abordó precipitadamente un tren en Viterbo, en las afueras de Lima, y se dirigió hacia la sierra central<sup>10</sup>. Dejaba detrás una ciudad ocupada, y el recuerdo de los últimos dos años durante los cuales las fuerzas peruanas habían luchado, cediendo terreno lenta pero inexorablemente, desde el Atacama hasta las mismas puertas de Lima. La Guerra del Pacífico, motivada principalmente por los grandes depósitos de salitre descubiertos en el desierto de Atacama a mediados del siglo XIX<sup>11</sup>, había terminado en un desastre completo para los ejércitos del Perú y Bolivia. Agotados sus créditos en Europa, Perú no pudo conseguir los armamentos necesarios. Para poder costear la guerra internamente, los miembros del Congreso —ricos terratenientes, mineros, banqueros y consignatarios del guano— tendrían que haber legislado un impuesto a sí mismos. A esto los prestigiosos parlamentarios se negaron, aun frente a la inminente invasión chilena, dedicándose más bien a debatir el comercio libre, censurando ministros y rechazando todos los proyectos económicos que atentaban contra sus fortunas personales. Uno tras otro, los consejos de ministros se vieron obligados a renunciar al no tener ni la capacidad ni el deseo de adoptar las medidas necesarias. Al tiempo que se agotaban los fondos del erario público, en el ejército empezaron a escasear no sólo armamentos, sino también salarios, ropa, zapatos y comida<sup>12</sup>.

Tras la batalla final en Miraflores el 15 de enero, Cáceres logró esconderse en varios hospitales y casas privadas, frustrando, con ayuda de sus amigos, la escrupulosa búsqueda dispuesta por las autoridades chilenas. Tampoco contestó al llamado de las fuerzas de ocupación de que todo oficial del ejército peruano registrara su lugar de residencia con la nueva administración<sup>13</sup>. Mientras su herida cicatrizaba, elaboraba planes para retirarse a la sierra y allí organizar un nuevo ejército<sup>14</sup>:

“ . . . a raíz del desastre de Miraflores, surgió en mí la idea de internarme en la sierra y continuar la resistencia contra el invasor, pues pensaba que, aprovechando las condiciones defensivas que ofrecía la región, era factible una resistencia pertinaz que obligaría al enemigo a malgastar sus energías y a moderar sus ambiciones, teniéndole a raya en la zona

de la costa que ya ocupaba”.

Cáceres organizó tres ejércitos en la sierra central entre 1881 y 1883, cada uno compuesto en su mayoría por campesinos, pequeños comerciantes y terratenientes medianos. El y sus representantes viajaron por las provincias de Jauja y Huancayo, arengando a la población en español y en quechua y pidiendo dinero, hombres y armamentos<sup>15</sup>. Tomaron contacto con los mercaderes y campesinos ricos de los pueblos, fomentando la creación de montoneras en las comunidades. Con la ayuda de guerrilleros campesinos, el ejército cacerista logró rechazar dos expediciones chilenas ganándose el respeto y la admiración de los habitantes de la región.

Pero ningún acto o símbolo de heroísmo pudo compensar la falta de unidad y propósito nacional de la clase dominante peruana. Cuando el ejército chileno de ocupación entró a Lima el 17 de enero de 1881, no encontró gobierno para negociar los términos de la rendición formal. Nicolás de Piérola, quien como dictador había organizado la defensa de la capital, había huido a la sierra con un pequeño grupo de oficiales. En los próximos dos años, el país se sumergiría nuevamente en una lucha entre caudillos, cada uno tratando de establecer una base política y territorial lo suficientemente amplia para poder influenciar en el resultado de las negociaciones diplomáticas. De una parte los civilistas, en su mayoría hacendados progresistas, banqueros y consignatarios, intentaron desde un comienzo negociar con los chilenos —por lo menos hasta que la realidad inevitable de cesiones territoriales hizo que las discusiones se estancaran. De otra parte, una coalición de oficiales militaristas se agrupó inicialmente alrededor de Piérola, negándose a transar con el invasor y proclamando la continuación de la resistencia<sup>16</sup>.

Al retirarse a la sierra, Cáceres se declaró claramente a favor de la facción militarista; al escoger la sierra central, demostró una percepción muy aguda de las necesidades estratégicas y políticas de la situación. Anteriores conflictos habían demostrado que la sierra central era el lugar ideal para una campaña de resistencia. El acceso a la región era difícil, ya que las pocas rutas montañosas que la comunican con la costa podían defenderse fácilmente. La abundante producción agrícola y ganadera podía mantener a un ejército por largo tiempo. Pero lo más importante para Cáceres era el amplio apoyo político de que gozaba en la región. Como descendiente de prestigiosos encomenderos ayacuchanos estaba emparentado, por sangre y matrimonio, con algunas de las familias más distinguidas del valle del Mantaro<sup>17</sup>. Al contar con la ayuda y amistad personal de éstas, Cáceres esperaba tener a su disposición las redes de clientela más extensas de la zona.

El jefe de La Breña también sabía que la clase dominante de la sierra central había participado activamente en la defensa de Lima. El batallón "Concepción" de la Guardia Nacional, organizado por los importantes hacendados Juan Enrique y Manuel Fernando Valladares y compuesto por prestigiosos terratenientes y comerciantes entre los cuales se encontraba el cuñado de los Valladares, Luis Milón Duarte<sup>18</sup>, se había distinguido en la batalla de Miraflores. A su lado luchó el batallón "Jauja", encabezado por un importante mercader jaujino y que incluía entre sus filas a muchos pequeños hacendados de la región<sup>19</sup>. Los dos batallones, unidos a las fuerzas al mando de Cáceres, hicieron retroceder a los chilenos en un valeroso contraataque<sup>20</sup>. Ahora que el campo de batalla se iba aproximado a sus hogares y propiedades, Cáceres seguramente esperaba que los integrantes de ambos batallones pelearían aún con mayor tenacidad.

Los campesinos de la zona, en cambio, no participaron activamente en las campañas costeñas. Algunos de los comerciantes que mercadeaban o residían en las comunidades se presentaron como voluntarios a los batallones de la Guardia Nacional, llevando consigo a algunos campesinos. Entre los pequeños hacendados y agricultores comerciales, uno que otro había hecho lo mismo. En el valle de Yanamarca, por ejemplo, varios de los terratenientes de menor prestigio habían servido como oficiales del batallón "Jauja". Algunos hijos de campesinos ricos pelearon también en Miraflores<sup>21</sup>. Pero para la mayoría del campesinado, la guerra era algo lejano frente a sus preocupaciones más inmediatas.

Esta situación cambió radicalmente con la resistencia de La Breña. Aun en la región central, donde la población estaba acostumbrada al pase de caudillos rumbo al palacio presidencial, nadie recordaba una situación parecida. Durante los nueve meses entre mayo de 1881 y febrero de 1882, los habitantes de la zona sufrieron dos invasiones del ejército chileno. Obligado a la manutención tanto del ejército cacerista como del chileno, el campesinado diezmó rápidamente sus provisiones. Para mantener a un ejército compuesto por un máximo de 1,500 hombres, por ejemplo, Cáceres decretó las siguientes cuotas mensuales para cada provincia del departamento de Junín: 26 cabezas de ganado vacuno; 3,790 cabezas de ganado ovino; 663 quintales (30,136 kilos) de papas; 24 quintales (1,090 kg) de trigo y 48 quintales de maíz<sup>22</sup>. Comparadas con los requerimientos del ejército chileno, estas cifras resultaron sumamente razonables. Las tropas invasoras, mucho más numerosas por cierto, se apropiaban de lo que encontrasen a su paso, no importándoles ni cómo ni dónde lo hallaban. Por lo que no debe sorprender que el llamado de Cáceres al "deber patriótico de combatir al invasor chileno"<sup>23</sup> con la organización de montoneras fuese respondido con tanta

rapidez por parte del campesinado.

Para los campesinos, las incursiones chilenas constituyeron una lección repentina y brutal sobre las complejas intrigas de la política internacional. Amenazados en sus propias casas por un invasor extranjero, recibiendo el estímulo de autoridades políticas, sacerdotes y comerciantes para hacerle resistencia, los montoneros campesinos lucharon valientemente en contra de las tropas invasoras. Bregando independientemente, o a veces en compañía del ejército regular cacerista, los guerrilleros desarrollaron un sentimiento nacionalista que se basaba ante todo en su amor a la tierra, y en una feroz territorialidad. Y en medio de la batalla, descubrirían en sí mismos la fuerza y unidad para llegar mucho más allá de la meta inicial que Cáceres les había asignado.

A medida que crecía el entusiasmo campesino, disminuía el patriotismo de la clase dominante. Recién llegado Cáceres a la sierra central, muchos hacendados le brindaron una cálida recepción. Durante la primera invasión chilena en mayo de 1881, la familia Valladares brindó refugio a Cáceres y su esposa cuando iban en camino de Jauja a Concepción, ofreciéndoles una muestra de la sabrosa mantequilla elaborada en las haciendas Laive y Runatullo<sup>24</sup>. Los Peñalosa, otra prestigiosa familia terrateniente, les abrió las puertas de su casa en Huancayo<sup>25</sup>. Sin embargo, la prolongada ocupación enemiga pronto debilitaría el apoyo de que Cáceres gozaba entre los grandes hacendados y comerciantes. Al sufrir sus propiedades fuertísimas, exacciones este grupo rápidamente comenzó a anhelar una paz a cualquier precio. Algunos colaboraron abiertamente con los chilenos, esperando acelerar las negociaciones y llegando a especular con mercadería robada. Todos observaron con creciente aprensión la movilización campesina, preguntándose si los guerrilleros no tramarían un ataque contra ellos después de repeler a los invasores. Sin recordar su audaz participación en la batalla de Miraflores, los hacendados de la región se mostraron incapaces de continuar la lucha en su propio terreno.

La llegada de una segunda expedición chilena en enero de 1882, al mando del coronel Estanislao del Canto, marcó un importante punto de transición en la campaña de La Breña. La expedición Del Canto, a diferencia de la anterior, no era solamente una fuerza invasora sino además un verdadero ejército de ocupación. Tras forzar la retirada de Cáceres a Ayacucho, Del Canto estableció su cuartel general en la parte sur del valle del Mantaro, usando las casas de prominentes ciudadanos huancaínos como residencias para los oficiales de sus diferentes batallones. Presionó a las autoridades de los pueblos en los alrededores de Huancayo y Concepción y demandó contribuciones de hacendados y comerciantes. Destacamentos chilenos se dis-

persaron por las comunidades y haciendas del área, buscando suministros para mantener a los tres mil soldados enemigos<sup>26</sup>.

Frente a una ocupación prolongada y sin poder contar con la ayuda inmediata del ejército cacerista, los habitantes del valle del Mantaro no tuvieron otra salida que tomar acción por su propia cuenta. Durante los primeros meses de 1882, los campesinos de la región se reunieron en asambleas comunales para organizar bandas de guerrilleros y combatir a los chilenos. Eligieron a comerciantes, sacerdotes y soldados por lo general naturales de otros pueblos o zonas— como jefes de las montoneras<sup>27</sup>. En el distrito de Comas, al este de Concepción, fue Ambrosio Salazar y Márquez, campesino acomodado de San Gerónimo de Tunan y egresado del prestigioso colegio Santa Isabel de Huancayo, quien organizó y financió una partida de guerrilleros<sup>28</sup>. En la margen derecha del río Mantaro, el padre Mendoza, párroco de Huaripampa, organizó una montonera compuesta por campesinos de las comunidades de Huaripampa, Muquiyauyo, Llocllapampa, Ullusca, y otras<sup>29</sup>. José María Béjar, miembro de una prestigiosa familia jaujina, organizó la resistencia campesina en el pueblo de Sincos<sup>30</sup>. Y al extremo suroeste del valle, el cabo Tomás Limes, veterano de las batallas de San Juan y Miraflores y natural de Huanta, Ayacucho, fomentó la actividad guerrillera en las comunidades de Chongos Alto y Huasicancha<sup>31</sup>.

Mientras el ejército de Cáceres, diezmado por las batallas y marchas forzadas, se recuperaba en Ayacucho, las montoneras campesinas emprendieron un buen número de acciones victoriosas contra los chilenos. La primera de éstas ocurrió en Comas, donde una patrulla chilena fue emboscada el 2 de marzo de 1882. El destacamento, compuesto por cuarenta soldados al mando del capitán Fernando Germain, había pasado por el pueblo el 24 de febrero cuando se dirigía a saquear la hacienda Runatullo. La montonera de Comas, encabezada por Ambrosio Salazar, había decidido emboscarlos a su regreso. Los comasinos, organizados en doble fila con treinta rifles y cincuenta galgueros, atacaron a la patrulla chilena en Sierra Lumi. Al concluir la batalla, treinta y cinco de los cuarenta chilenos habían muerto y los campesinos había capturado 800 cabezas de ganado vacuno y 100 caballos de la hacienda Runatullo, al igual que 35 caballos e igual número de rifles Winchester pertenecientes a los chilenos<sup>32</sup>.

Las montoneras continuaron la resistencia durante los meses de abril y mayo. En Chupaca, el 19 de abril, un destacamento chileno se encontró con fuerte oposición, pero fue capaz de dominar la situación, derrotando a los guerrilleros e incendiando el pueblo<sup>33</sup>. Tres días después la montonera animada por el padre Mendoza, se enfrentó en Huaripampa a una patrulla chilena en fiero combate. Armados con diez escopetas, cinco rifles y gran canti-

dad de palos, lanzas y hondas, los guerrilleros pelearon hasta el último hombre<sup>34</sup>. Y en la margen izquierda, las montoneras de Tongos, Pazos y Acostambo combatieron a los chilenos del 21 al 22 de mayo. En el pueblo de Acostambo dos campesinos fueron sorprendidos por un soldado chileno cuando se preparaba a arrojar una galga cuesta abajo sobre una columna enemiga. El chileno enterró su bayoneta en el pecho de uno de los guerrilleros, quien a su vez le enterró su cuchillo. El segundo montonero, por su parte, utilizó su machete para decapitar al chileno. Dos meses más tarde, cuando Cáceres llegó a Acostambo, encontró la cabeza del soldado chileno exhibida sobre una pica en la plaza pública<sup>35</sup>.

Además de infligirle bajas notables, pérdida de armas y desmoralización al ejército chileno, las montoneras campesinas preocuparon fuertemente a la clase dominante regional. A pesar de ser organizadas por vecinos prestigiosos en contacto con Cáceres o su Comandancia General, las partidas de guerrilleros estaban compuestas por campesinos armados y fuertemente movilizadas y le daban a la campaña de La Breña un "sabor democrático" que desagradaba mucho a los terratenientes peruanos<sup>36</sup>. Una cosa era resistir al invasor; pero crear un campesinado armado, activo y relativamente autónomo —y, peor aún, darle prestigio como ciudadanos patrióticos— era algo muy diferente. Lo más peligroso era que los campesinos empezaban a creer en su igualdad como soldados de la patria. No se limitaban al botín y municiones que obtenían de los chilenos, sino que también empezaban a entrar a las mismas haciendas pidiendo suministros.

Para una clase cuyo dominio había sido precario aun en tiempos de paz, en época de guerra el peligro que ofrecía un campesinado armado era mucho mayor al que suponía la presencia del ejército invasor. Algunos miembros de esta clase sucumbieron ante la presión del ejército chileno, colaborando abiertamente. Juan Enrique Valladares, por ejemplo, alcalde de Concepción y fundador del batallón "Concepción", escribió una carta al jefe guerrillero Ambrosio Salazar pidiéndole que depusiera las armas, regresara el cuerpo del capitán chileno y devolviese los rifles y caballos capturados en la emboscada de Sierra Lumi<sup>37</sup>.

A otros miembros de la élite les era imposible aceptar la posibilidad de que ellos y los guerrilleros campesinos tuvieran que aliarse en contra de un enemigo común. Por este motivo, Jacinto Cevallos, prestigioso hacendado huancaíno, envió una carta al administrador de su hacienda Punto después que la montonera de Acobamba había parado allí a pedir provisiones. La carta llamaba "bárbaros" a los guerrilleros y prometía vengarse<sup>38</sup>. Finalmente, algunos ciudadanos de la región colaboraron con los chilenos por motivos mucho más sencillos. Guillermo Kirchner, mercader residente en Con-

cepción, logró obtener una buena ganancia al comercializar el botín obtenido de las haciendas y comunidades del valle del Mantaro<sup>39</sup>. En todo caso, aunque cooperaran por miedo o por lucro, una buena parte de la clase dominante empezó a parecerles “traidores” a los montoneros campesinos.

Los guerrilleros se violentaron ante las pruebas de traición elitista. Al responder a la carta de Valladares, Ambrosio Salazar rehusó tajantemente someterse a los términos planteados, aunque los chilenos regresaran a Comas y redujeran el pueblo a cenizas<sup>40</sup>. La reacción más significativa fue tal vez la de la montonera de Acobamba. Habiendo interceptado la carta que Cevallos envió a su administrador, decidieron responderte a aquél el 16 de abril de 1882. “Al Sor. Civilista don Jasinto Ceballos” le escribieron<sup>41</sup>:

“Creería U que debajo del Sol y la tierra no sabran la traicionava de su Patria natal pues los saben, y los sabemos que U entre los de mas sus compañeros trayedores de nuestra amable Patria estan en esa Provincia comunicándoles y dándoles esplicaciones del modo como se puedan ruinar á los Perhuanos, á esus alevos bandidos Chilenos invasores como voz trayectores de su Patria. También creería U que no podiamos pisar la comunicación que U habia estado pasado á su Mayordomo, pues lo tenemos en nuestras manos impuesto de su contenido debimos decirle: que pues todos los Guirrilleros que se encuntran todas las quebradas de esta montaña encabezado por el Comandante Gonzales Dilgado somos con orden espreso del Sr. General Don Andrés Abilino Cáseres y asi tenemos orden para castigar las pecardias á los trayedores de la Patria: y U no nos ponga en el número de los bárbaros como tiene U comunicación á su Mayordomo pues nosotros con razon y justicia unánimemente levantamos á defender á nuestra Patria somos verdaderos amantes de la Pátria natal. No se á cual jente U se trata por miserable y quererse vengar en el trascurso del tiempo: no cree, Ud. que nosotros hasta presente cocación aunque U. nos trata de bárbaros todavía no handamos con benganzas ni con otras ocasiones barbaridades, si no prosidemos con toda lealtad todos los Guirrilleros á un que sabemos que U es un de las argollas más grandes entre el Sor Célibre Dr. Giraldez<sup>42</sup>.

Es verdad el otro día como pasamos junto por la Hacienda de U despues de haber hecho una abanzada á una de las por todas de estos lugares al en cuentro con esos bandidos Chilenos de paso de su mayordomo pedimos que nos dé unos ocho ganados bacunos para rancho para dar sus raciones á dos mil hombres que se encuentra á nuestros mandos: es solo lo que he hecho en tocante á la de U y cree que habiamos hecho barbaridades, que eso cualquier Haciendado pueda suportarnos como a sol-

dados patriotas.- Dios Gue á U.

Mariano Mayta=  
TG

Mariano Campos= TG

Faustino Camargo=  
Capetan

Domingo Mercado=

Martin Vera= Capetan  
TG”.

Esta carta, escrita con letra poco educada, vacilante, casi ilegible, constituye una prueba fehaciente del intenso proceso de concientización que experimentaron los campesinos de la región central durante la campaña de La Breña. Tras sufrir un año de ocupación y ver saqueados sus campos y hogares por un ejército invasor, el campesinado tuvo que enfrentarse a una realidad básica: los vaivenes de la política nacional e internacional impactaban fuertemente sobre sus vidas cotidianas. A partir de este enfrentamiento, desarrollaron un entendimiento de la política nacional y también un fuerte sentimiento nacionalista, aunque ninguno de los dos sería reconocido como tal si lo juzgamos en base a valores modernos u oligárquicos. Su nacionalismo, por ejemplo, no estaba basado en un sentido general o simbólico de la nacionalidad sino más bien en un amor muy concreto por su lugar de origen, el lugar donde nacieron —“debajo del Sol y de la tierra”— y por los campos que sembraban. Los chilenos, por tanto, no eran enemigos por el mero hecho de ser chilenos, sino porque habían invadido sus hogares y destruido su tierra, su “pequeña patria”, el tesoro máspreciado del campesino puesto que constituía su fuente de subsistencia, su vida misma. De igual manera, los conocimientos políticos del guerrillero no se basaban en un análisis abstracto de los partidos o facciones, sino en un entendimiento claro de las implicaciones locales que podían tener los debates nacionales o regionales. Al llamar “civilista” a Cevallos, los montoneros de Acobamba no se referían a que él fuese miembro de ese partido; más bien reflejaban su percepción de que Cevallos estaba actuando como si fuera civilista: hablando con los chilenos, colaborando con ellos, prolongando la ocupación de su tierra natal<sup>43</sup>.

Pero lo más importante de esta carta, y lo que debe haber asustado a Cevallos aún más que la idea de dos mil campesinos armados transitando por su hacienda, es que demuestra la forma intrínseca en que se entremezclaban el nacionalismo campesino y la conciencia de clase. A lo largo de la car-

ta los guerrilleros acobambinos retoman una y otra vez el mismo tema: la furia que les causa ser tachados como “bárbaros” por Cevallos. Sabían muy bien que si una tropa regular, comandada por un oficial de prestigio, hubiese pedido provisiones en su hacienda, Cevallos no la habría puesto en la misma categoría. Era solamente por ser campesinos indígenas que el dueño de Punto no los podía ver como su aliados. Prefería cooperar con los chilenos, con los invasores, que con el campesinado peruano. Y aquí estaba la traición máxima, pues en las palabras de los mismos montoneros, “. . . cualquier Hacienda (sic) pueda soportarnos como a soldados patriotas”.

La carta de los acobambinos, por tanto, era a la vez una manifestación de cólera y una advertencia. Mientras hacendados y comerciantes se mantenían pasivos, pagando las exacciones chilenas y albergando al enemigo en sus casas, los campesinos se habían levantado en armas contra el invasor aunque fuera sólo con hondas y galgas. Aún así, la clase dominante tenía la audacia, la osadía, de tratarlos como bárbaros y criminales comunes. Pero al final pagarían caro su comportamiento, pues como soldados de Cáceres, los campesinos no sólo tenían órdenes de castigar “. . . las pecardias (sic) a los trayedores (sic) de la Patria”; también poseían el derecho legítimo de decidir quiénes eran los traidores.

Cuando Cáceres reanudó su campaña militar en julio de 1882, fueron las montoneras campesinas en vez del ejército regular quienes compusieron la vanguardia de la lucha contra el enemigo. El 8 de julio los guerrilleros de Comas, comandados por Ambrosio Salazar, dirigieron un ataque nocturno contra la ciudad de Concepción. Ayudados por un pequeño destacamento del ejército regular cacerista y unos once habitantes de la ciudad, los comasinos exterminaron a los setenta y nueve hombres que componían la guarnición chilena en una batalla que duró diecisiete horas, apropiándose de todos los rifles y municiones restantes<sup>44</sup>. Y la actuación de los comasinos no constituyó un hecho aislado. Por todo el valle del Mantaro, desde Marcavalle en el sur, pasando por Jauja y llegando hasta Tarma, los montoneros campesinos tuvieron un papel decisivo en la derrota del ejército de ocupación.

Cáceres quedó impresionadísimo ante el entusiasmo de las guerrillas campesinas al confirmar la retirada del ejército enemigo del departamento de Junín, envió a las autoridades limeñas un informe oficial sobre la campaña elogiando la actuación del campesinado en la región. “(M)uy en especial debe llamar la atención del Supremo Gobierno el levantamiento en masa espontáneo de todos los indígenas del departamento de Junín y Huancavelica”, señaló, “prestando en su concurso valiosísimos servicios. Tal hecho es el presagio de un movimiento y transformación unánimes que en breve harán cambiar en la República la faz de la guerra actual”<sup>45</sup>. Y para

asegurar la continuación del apoyo campesino, Cáceres decretó que todo guerrillero sería exonerado del pago de la contribución personal<sup>46</sup>.

El pronóstico de Cáceres sobre el efecto que tendría la participación guerrillera en el curso de la guerra resultó ser aún más acertado de lo que pensó. Si bien hacia setiembre de 1882 la sierra central se hallaba libre del ejército invasor, la región también estaba al borde de una guerra de clases la cual, todavía oculta bajo el manto de la resistencia nacional, podría explotar en cualquier momento. Sin embargo, las tensiones existentes no se reducían simplemente a un enfrentamiento entre campesinos y terratenientes. Aunque la creciente incursión del capital comercial en la comunidad campesina había creado un alto nivel de tensión entre clases en los años anteriores a la guerra, estas tensiones culminarían durante la campaña de La Breña, en el contexto de una resistencia nacional. El nacionalismo y la lucha de clases se mezclaban así en combinaciones sumamente complejas, dependiendo de cómo en un primer momento se habían organizado las guerrillas y de cómo las diferentes fracciones de la clase dominante se habían comportado frente a la invasión chilena.

Para organizar las guerrillas, los caceristas habían dependido de comerciantes, párrocos y suboficiales, quienes a través de relaciones de clientela se habían aliado a los campesinos ricos y a las autoridades políticas locales en los pueblos. Los jefes lograron así armar, movilizar e incorporar al campesinado pobre sin perder control sobre la montonera en su conjunto. Los comerciantes y campesinos ricos, por otra parte, sirvieron de intermediarios entre la clase dominante y la comunidad campesina, ayudando a unir las dos clases en un frente nacionalista. Pero este frente sólo podía ser eficaz si tanto los campesinos como los hacendados continuaban apoyando la resistencia. Esto fue posible en la parte norte del valle del Mantaro, pero en la parte sur, la clase dominante perdió rápidamente el deseo de sostener el esfuerzo cacerista.

La ocupación chilena había fraccionado a la clase dominante económica y regionalmente. La parte sur del valle, donde vivían los hacendados más acomodados y prestigiosos de la región, había servido como centro de operaciones para el ejército chileno. Las grandes propiedades de estos terratenientes habían sufrido por tanto el impacto más fuerte de la invasión. Al mismo tiempo, las montoneras campesinas de esta zona, especialmente las de Acobamba, Acostambo, Canchapalca y Comas, combatieron ferozmente y también sacaron provisiones de las haciendas. Para proteger el resto de sus inversiones y desconfiando de las intenciones de un campesinado armado, los terratenientes sureños tomaron una actitud crecientemente obsequiosa ante el ejército de ocupación. Los intermediarios y jefes guerrilleros, forza-

dos a escoger entre una élite colaboracionista y un campesinado pobre pero nacionalista, optaron por continuar la resistencia armada y depender exclusivamente del apoyo campesino. Esta decisión, claro está, incrementó fuertemente el poder y la independencia de las fuerzas guerrilleras.

En el norte del valle, por el contrario, la presencia chilena fue esporádica. La élite jaujina, cuyas fortunas eran menos externas y más concentradas en el comercio, sufrió menores exacciones. Los montoneros del norte, amenazados menos directamente por el enemigo, no tuvieron ocasión de tornarse tan independientes y militantes como los del sur. La clase dominante norteña, por lo tanto, al margen de la ocupación chilena y sin enfrentar el peligro de un campesinado militante y movilizado, pudo continuar brindándole a Cáceres su cálido y decisivo apoyo.

La diferencia entre norte y sur dentro del valle del Mantaro refleja dos formas en que se mezclaron la conciencia de clase y el nacionalismo en la campaña de La Breña. Si en ambos casos el campesinado desarrolló sentimientos nacionalistas, en el sur fueron surgiendo en oposición al colaboracionismo de la clase dominante. Esto profundizó la hostilidad ya existente entre las dos clases, empujándolas hacia un enfrentamiento abierto. Así, la unidad nacional fue minada desde el mismo momento de su posible aparición. En el norte, mientras tanto, los campesinos descubrieron el nacionalismo en el contexto de una lucha común con la clase dominante en contra del invasor. Al no resquebrajarse esta alianza ni aun en medio de la batalla, empezó a tomar la forma de un frente nacionalista más genuino en el cual fue posible sumergir diferencias clasistas.

Lo que ambos casos tienen en común es que la fuerza o debilidad de la unidad nacional dependió en gran medida de las acciones tomadas por la clase dominante. Para poder unir a todas las clases detrás de una sola bandera, la élite en su conjunto tendría que haber adoptado una posición nítidamente nacionalista, definiendo y controlando ella misma el contenido del programa nacional. Los sucesos en la costa, sin embargo, y también en la mayoría de las zonas serranas, demuestran que las varias facciones de la clase dominante se preocuparon más por la movilización popular y la pérdida de sus propiedades que por la invasión chilena<sup>47</sup>. En este contexto, la excepción en el valle del Mantaro parece haber sido la zona de Jauja y no la de Huancayo y Concepción.

El 31 de agosto de 1882, la clase dominante peruana demostró nuevamente su incapacidad de unirse alrededor de un propósito nacional cuando Miguel Iglesias, hacendado cajamarquino y previo simpatizante de Piérola, dio el llamado "Grito de Montán". Con esta proclamación, Iglesias mostró su deseo de negociar la paz con Chile<sup>48</sup> y ofreció una alternativa viable a la re-

sistencia cacerista. Un buen número de oficiales, políticos y hacendados, desilusionados y cansados de la guerra, se mostraron partidarios de Iglesias. En los primeros meses de 1883, varios pueblos declararon su apoyo al “Grito de Montán” en la región central, y la guerra ideológica entre caceristas e Iglesias se extendió a esta zona<sup>49</sup>. Con proclamas a su ejército y a las comunidades de la sierra, Cáceres se enfrentó al reto que ofrecía Iglesias y, a finales de enero, se dispuso a marchar contra Canta, el primer pueblo del área en declararse a favor de su rival<sup>50</sup>.

Durante el mes de abril tres divisiones chilenas, con un total de 6,500 hombres, marcharon a la sierra central con órdenes de derrotar a Cáceres y poner fin a la resistencia guerrillera. Tras haber combatido valientemente, Cáceres se vio obligado a retirarse a Chicla y allí reagrupar sus tropas, dejando Canta en manos del enemigo<sup>51</sup>. Sabiendo que su retirada facilitaría la ocupación chilena del valle del Mantaro, mandó una carta al subprefecto de Jauja, con fecha del 30 de abril, donde urgía a la organización continua e independiente de fuerzas guerrilleras en cada uno de los pueblos y comunidades de la región, previniendo también a los habitantes de estar alerta a la existencia de “traidores” dentro de las filas peruanas. “Como a pesar de la santidad de la causa que defendemos”, explicó<sup>52</sup>

no faltan peruanos pervertidos, que haciendo causa común con los chilenos, se prestan a servirles de espías, a guiarlos por senderos extraviados o suministrarles ganado, granos, dineros y otros recursos para ayudarlos en su inicua obra de devastación, y otros que con falsas noticias y otros medios desalientan a los ciudadanos y se oponen para que tomen las armas en favor del país, es necesario que US. persiga y denuncie a estos traidores para imponerles el castigo que merece su infame conducta. Advirtiéndoles a los vecinos de esta Provincia que incurrirán en la pena que merecen los traidores, los que no sólo como particulares, sino como autoridades políticas o municipales auxiliaren de cualquier modo a los enemigos.—US. hará presente esta idea a los pueblos de su jurisdicción por medio de los Gobernadores, quienes deben leer a las comunidades el tenor de este oficio. Previniéndoles además que por ninguna razón presten obediencia a las autoridades puestas por los enemigos o a aquellos que favorezcan a estos de cualquiera manera”.

Cáceres tenía razón al prevenir a los habitantes de la región central en contra de “traidores” peruanos, pues varios terratenientes del valle del Mantaro se mostraron a favor de Iglesias. Luis Milón Duarte, cuñado de los hermanos Valladares y dueño, junto con su esposa Beatriz Valladares, de algunas de

las haciendas más rentables y extensas de la zona, fue nombrado por Iglesias jefe superior del centro<sup>53</sup>. Desde su campamento en Chocas, Duarte emitió un pronunciamiento el 6 de mayo donde resumía los sentimientos de muchos hacendados, al insistir que las condiciones de paz aceptadas por Iglesias eran lo mejor que se podía esperar, dadas las circunstancias, y que lo más importante era terminar la destrucción y trabajar intensamente para reconstruir el país. “Conciudadanos”, proclamó:<sup>54</sup>

Siguiendo las inspiraciones del patriotismo, cumplí mi deber en la guerra, tanto en la administración del señor jeneral La Puerta como en la dictadura del señor Piérola, i después de nuestros desastres, adquirida la convicción de nuestra carencia de elementos para proseguir con probabilidades de éxito la contienda, dirijí mis conatos a buscar en la paz el por todos anhelado término de las desgracias nacionales.

He sido uno de los pocos que tuvieron fe i perseverancia en la obra suprema de rendimir al país, alcanzándome por tanto los dardos de la injusticia, de la calumnia i de la pasion de bandería. Mi modesta personalidad ha sufrido todo jénero de hostilidades; mis bienes de fortuna han sido presa (sic) del incendio i del saqueo, i todo esto se ha perpetrado tanto por el enemigo exterior como por los enemigos internos de la paz”.

Duarte continuó con su campaña en contra de “los enemigos internos de la paz”, combinando amenazas y sobornos en su esfuerzo por desactivar el apoyo guerrillero de Cáceres. Otras dos proclamas dadas en Chocas ordenaban el desarme de toda la población civil en un plazo de tres días y el juramento de lealtad a Iglesias de parte de todo personal militar y político dentro de ocho días. Quienes obedeciesen dichas órdenes serían amnistiados y quienes no lo hicieren serían juzgados civil y militarmente. Pero quizá lo más interesante fue la oferta hecha a todo campesino que abandonase la montonera: además de recibir una recompensa, sería declarado eximido de todo futuro servicio militar<sup>55</sup>.

La campaña ideológica de Duarte no obtuvo el efecto deseado. Aunque una división chilena al mando del comandante León García forzó la retirada de Cáceres a Tarma, tuvo que enfrentarse a una fiera resistencia guerrillera a lo largo del camino<sup>56</sup>. Entonces, el 21 de mayo y protegido de los chilenos por las guerrillas de Tarmatambo, el ejército de Cáceres comenzó su retirada hacia el norte<sup>57</sup>. Dos de las tres divisiones chilenas, guiados por Duarte, se apresuraron a seguirlo<sup>58</sup>. A la tercera división comandada por el coronel Urriola, mientras tanto, se le ordenó permanecer en el valle del Man-

taro y, tras ocupar Huancayo, terminar con los focos restantes de actividad guerrillera<sup>59</sup>.

La invasión de Huancayo por parte de Urriola hizo estallar las tensiones entre clases ya existentes en la zona. La mayoría de la clase dominante, compartiendo el deseo de Duarte de terminar con la guerra lo antes posible, recibió atentamente a Urriola<sup>60</sup>. Pero los campesinos, veteranos de previas ocupaciones, leales a Cáceres y altamente movilizados, no aceptaron pasivamente la "traición" iglesista. A partir de ese momento la actividad guerrillera tomó un tono particularmente amenazante y violento; los asesinatos de varios peruanos en el área fueron atribuidos a los montoneros<sup>61</sup>. El 4 de julio, después que Urriola obedeció órdenes de marchar a Jauja, los guerrilleros de Huari aprovecharon su ausencia para invadir Huancayo, matando a un prestigioso ciudadano que intentó calmarlos<sup>62</sup>.

Desde el punto de vista del campesinado, la expedición de Urriola les dio la última prueba necesaria de que los hacendados locales eran traidores a la nación. Este era el caso puesto que, a pesar de que la división de Urriola era chilena, la clase dominante estaba ansiosa de usar su apoyo para reprimir y destruir a los montoneros, privándoles de su legitimidad como soldados de la patria. Como resultado, se eliminó toda posibilidad de negociación entre las dos clases. Para los terratenientes, cualquier acción campesina no era más que un vil pillaje motivado por odio racial o clasista. Para los campesinos, cualquier acción de la clase dominante que intentaba proteger sus propiedades era una traición a la resistencia nacional. Y es en este contexto, con sentimientos de clase y nacionales entremezclados y repercutiendo el uno contra el otro, que se deben analizar las varias invasiones de tierras y otras acciones producidas en la zona.

Al finalizar la guerra en 1885, más de quince haciendas en la parte sur del valle del Mantaro habían sido invadidas por las guerrillas. La mayoría de estas propiedades pertenecían a personas que habían colaborado con los chilenos o con Iglesias: tres a Duarte; cuatro a los hermanos Valladares; dos a Jacinto Cevallos; y algunas más a otros "colaboradores"<sup>63</sup>. Duarte y el famoso Dr. Giráldez habían sido asesinados<sup>64</sup>. Y en Cerro de Pasco, donde la clase dominante también había cooperado con el enemigo, los campesinos invadieron un total de 16 propiedades municipales y 10 haciendas<sup>65</sup>.

A pesar de que no conocemos la mecánica específica de estas acciones, el contexto en que ocurrieron resulta bastante claro. En el curso de las diferentes campañas de resistencia contra los chilenos (1882-1883) y contra Iglesias (1883-1884), los campesinos adquirieron de hecho el control militar sobre el campo. Tanto los guerrilleros como los soldados regulares vivían de la tierra, tomando ganado y otros suministros de las haciendas para alimentarse o,

en algunos casos, para comprar armas<sup>66</sup>. Dado el caos general que predominaba en las áreas rurales, los montoneros se volvieron cada vez más independientes de las autoridades políticas. Los hacendados, mientras tanto, se vieron forzados a permanecer en las ciudades a través de las diferentes campañas. En estas circunstancias, aunque los campesinos no tuvieran la posesión efectiva de todas las tierras de las haciendas, componían la única fuerza capaz de controlar los recursos de dichas propiedades. Motivados por su combinación recientemente adquirida de nacionalismo y hostilidad clasista, usaron el balance de fuerzas existente para aumentar y consolidar su control sobre las propiedades de la clase dominante.

Sin embargo, es importante enfatizar que las invasiones de tierras no se hicieron indiscriminadamente. En la mayoría de los casos, éstas se concentraron en zonas donde los terratenientes habían colaborado abiertamente con los chilenos y con Iglesias. No ocurrieron invasiones donde la alianza cacerista se mantuvo en pie, como por ejemplo en la parte norte del valle del Mantaro. Por tanto, debemos tener cuidado al interpretar el testimonio de los hacendados y de otras fuentes cercanas a ellos, como los comandantes chilenos, los agentes consulares extranjeros y las autoridades políticas<sup>67</sup>. A pesar de que hubo incidentes violentos, algunos motivados por sentimientos raciales, la movilización generalizada del campesinado en la sierra central estuvo lejos de ser una guerra racial, o el resurgimiento de una barbarie salvaje y atavística. Al contrario, fueron los campesinos indígenas y no la clase dominante los que estuvieron dispuestos a sacrificar sus intereses de clase a favor de un esfuerzo unido de resistencia nacional. Dejaron de hacerlo sólo al darse cuenta que los hacendados no podían, ni querían, aceptarlos como soldados de la patria.

Aun en los casos donde surgieron fuertemente las pasiones clasistas o raciales, la lealtad a una causa nacional no desapareció por completo. El 2 de julio de 1884 y con la aprobación de Cáceres, cuatro guerrilleros campesinos fueron ejecutados en la plaza Huamanmarca de Huancayo. El cabo Tomás Laines, jefe del grupo y originalmente de Huanta, Ayacucho, admitió haber saqueado las haciendas Tucle, Laive e Ingahuasi, distribuyendo el botín entre sus hombres. También confesó el asesinato de Giráldez, entre otros, pero insistió que lo había hecho porque las víctimas eran espías chilenos y traidores a la patria<sup>68</sup>. Es tentador suponer que Laines y sus partidarios trataban de aminorar su sentencia enfatizando los motivos nacionalistas de sus acciones, apelando de esta manera a la piedad de Cáceres. Pero aun si admitiésemos esta posibilidad, no nos ayudaría a explicar la situación en su totalidad. Si estos cuatro campesinos hubieran sido tan maquiavélicos, es difícil creer que habrían entrado a Huancayo en primer lugar. El único

motivo de su presencia era que pensaban ser condecorados por Cáceres en recompensa por su patriotismo<sup>69</sup>.

La muerte de Laines y sus hombres marcó el comienzo de una campaña, por parte de las autoridades caceristas, para reprimir la movilización campesina una vez acabada la guerra con Chile. Varias semanas después, el representante de Cáceres en Huancayo envió una carta al gobernador de Comas, urgiendo a los montoneros que devolvieran el ganado, los caballos y las llamas que habían sacado de las haciendas Runatullo, Pampa Hermosa, Curibamba y Ususqui, todas pertenecientes a Manuel Fernando Valladares. “. . . (E)sta Prefectura y comandancia general otorga todo genero de garantías”, señaló<sup>70</sup>,

a los individuos de esas comunidades pues no seran perseguidos ni molestados en la menor por las faltas cometidas las que quedaran relegadas al olvido; pero en caso contrario, se dictarán por este despacho las órdenes mas eficaces y perentorias a fin de capturar a los delincuentes como lo ordena el Exm. Sor general e imponerles el severo y ejemplar castigo que por sus graves delitos se han hecho acreedores. . .”.

Con esta carta los guerrilleros de Comas, quienes hacía poco habían constituido uno de los principales bastiones de la resistencia cacerista, fueron transformados de pronto en un grupo de delincuentes comunes. Esta transformación no se debió a ningún acto bárbarico ni mucho menos, sino simplemente a que si Cáceres aspiraba al poder a nivel nacional, ya no era posible permitir que el campo estuviera en manos de campesinos armados e independientes.

Como lo supieron desde un principio Luis Milón Duarte, Juan Enrique Valladares, Jacinto Cevallos, Manuel Fernando Valladares y el Dr. Giráldez, basar una resistencia nacional en las acciones de un campesinado movilizado, armado y recientemente autónomo era correr riesgos bastante imprudentes. Pero los caceristas habían cometido un error aún más peligroso. Al no contar con el apoyo de la clase dominante en su conjunto, los organizadores de la resistencia de La Breña en efecto le habían dado al campesinado el derecho de decidir cuáles hacendados eran traidores a la patria. Aunque la mayoría de los montoneros se mantuvieron fieles a Cáceres y lo apoyaron contra Iglesias en la guerra civil, haberles dado el poder para juzgar a los hacendados, particularmente mientras los campesinos estaban en control de las zonas rurales, resultó demasiado arriesgado. Mucho antes de terminar la guerra civil, el héroe de La Breña estaba convencido de que si deseaba ocupar el palacio presidencial, tendría que enmendar sus relaciones con la clase terra-

teniente. La única forma de hacerlo era reprimiendo a los mismos guerrilleros que habían hecho posible, en primer lugar, la campaña de resistencia nacional. Lo que Cáceres no sabía era que el gobierno tardaría veinte años en restablecer su dominio sobre el campo en la sierra central.

## CONCLUSIONES

La experiencia de los guerrilleros campesinos en la región central durante la Guerra del Pacífico nos ayuda a iluminar la problemática más amplia del nacionalismo y la conciencia nacionalista en el Perú del siglo XIX. En primer lugar, es importante distinguir entre nacionalismo y unidad nacional. El nacionalismo, a nivel general, es un sentimiento de lealtad a una entidad nacional, un territorio o una cultura que se extiende más allá del individuo, su clase o su pueblo. Pero para lograr la unidad nacional no es suficiente que los varios sectores o clases de una sociedad sientan el nacionalismo; también es necesario que estén de acuerdo sobre lo que implica el nacionalismo en la esfera de acción. Por tanto, si bien todos los sectores involucrados en la campaña de La Breña invocaron al nacionalismo, no consiguieron establecer la unidad nacional. La conducta aceptable para cada grupo era diferente e incluso contradictoria con las demás, esto dio como resultado un alto grado de desunión y polarización, y la incapacidad de cualquier clase o facción para establecer su legitimidad como representante de los intereses de la nación en su conjunto. Los caceristas, iglesistas, civilistas y guerrilleros campesinos, todos decían representar los intereses verdaderos de la patria, pero ninguna de las facciones pudo convencer a las demás de que en realidad los representaba.

Aun si admitimos la falta de unidad nacional no podemos, sin embargo, negar la existencia de una conciencia nacionalista. Para Andrés Cáceres y los comerciantes, pequeños terratenientes y otros que le mantuvieron lealtad esta conciencia significó subordinar sus intereses más estrechamente clasistas al interés nacional. Al armar y movilizar montoneras campesinas, dándoles un alto nivel de autonomía y llegando en ocasiones al extremo de tratar de iguales a los oficiales campesinos, los caceristas le estaban reconociendo al campesinado su legítimo papel como soldados patriotas. Que los caceristas llegaron a hacerlo —a pesar de que su posición de clase los predisponía precisamente en la dirección opuesta— no se puede negar aun teniendo en cuenta que cambiaron drásticamente su política después de la ocupación.

Para el campesinado, la conciencia nacionalista no surgió de manera automática ni inmediata. Pero a través de repetidos enfrentamientos con el

invasor, los campesinos empezaron a desarrollar una forma propia y poderosa de nacionalismo. Probaron ser decididos defensores de su patria, por lo menos en la definición dada por ellos mismos, manteniéndose fieles a Cáceres como símbolo de dedicación patriótica. Frente al colaboracionismo elitista, sin embargo, la definición campesina de "enemigo" pronto empezó a incluir no solamente a los chilenos, sino también a los hacendados locales. Cuando los chilenos desocuparon el territorio peruano, los montoneros estaban en control del campo y habían invadido las propiedades de aquellos terratenientes conocidos como "traidores". Así el campesinado se vengó a la vez del ejército chileno y de sus enemigos de clase a nivel local, a quienes también pudo definir, felizmente, como enemigos de la nación.

Que los peruanos fracasaran en su intento de lograr la unidad nacional durante la guerra del Pacífico no fue, por tanto, un problema de nacionalismo sino un problema de clase. Dada la oposición dramática de intereses entre el campesinado y la clase terrateniente, la única forma de establecer un frente nacional habría sido con la mediación de algún grupo intermediario, de un sector medio que pudiera mantener la coalición. Varios tipos de intermediarios surgieron en el contexto de la campaña de La Breña —campesinos ricos, pequeños comerciantes o propietarios— y no debe sorprendernos que éstos fueran los caceristas más dedicados y leales. Pero la coalición que tuvo éxito en la región de Jauja no podía llevar a Cáceres al palacio presidencial.

Mientras las facciones más poderosas de la oligarquía peruana seguían identificándose con la agricultura tradicional, el control del Estado dependía de una alianza con los hacendados. Ni los campesinos ni los sectores medios podían esperar una posición influyente dentro de tal alianza. Cuando Cáceres se sumergió en una lucha con Miguel Iglesias por el poder nacional, la continua independencia y militancia del campesinado en la región central lo obligó a abandonar a sus antiguos aliados. En 1884, cuando aprobó la ejecución de Limes y ordenó que los guerrilleros devolviesen las provisiones que habían sacado de las haciendas, puso en duda retroactiva la legitimidad del campesinado como soldados de la nación. Dos años más tarde, cuando llegó a la presidencia, formó una comisión para devolver las haciendas de la región a sus "verdaderos" dueños. Así terminó rápidamente el coqueteo cacerista con la participación del campesinado en un programa nacional. Tan pronto como el campesinado empezó a tomar en serio su papel como soldados patrióticos, combinando sentimientos nacionalistas, clasistas y raciales en su reacción contra una élite "traidora", se estableció un pacto entre la burguesía costeña y la clase terrateniente regional del centro para reprimir a los guerrilleros campesinos y restaurar la antigua tenencia de la tierra en el sector agrícola.

## NOTAS

- 1/ Tengo varias deudas de gratitud en relación a este artículo: con Nelson Manrique, por su colaboración en el proceso de investigación; con Héctor Pérez por su ayuda con la traducción del inglés; con Guillermo Rochabrún por sus comentarios a una versión anterior; y con mis estudiantes de la Universidad de Marquette por las discusiones sostenidas sobre el Perú y sobre el nacionalismo.
- 2/ La versión más coherente y desarrollada de esta interpretación aparece en Heraclio Bonilla, "El problema nacional y colonial del Perú en el contexto de la guerra del Pacífico", en *Un siglo a la deriva: Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1980, 177-225. Ver también Henri Favre, "Remarques sur la lutte des classes au Pérou pendant la guerre du Pacifique", *Litterature et Société au Pérou du XIX<sup>eme</sup> Siècle à nos Jours*, Grenoble, 1975, 54-81; y Jean Piel, "Rebeliones agrarias y supervivencias coloniales en el Perú del siglo XIX", *Revista del Museo Nacional*, XXXIX (1973), 301-314.
- 3/ El adherente principal a esta posición es Nelson Manrique, con quien hemos investigado en los archivos en la sierra central durante 1977. Ver su *Campesino y Nación: la sierra central en la guerra del Pacífico*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1978; y sus artículos "La Guerra del Pacífico y los conflictos de clase: los terratenientes en la sierra del Perú", *Análisis*, 6 (setiembre-diciembre 1978); y "Los movimientos campesinos en la Guerra del Pacífico", *Allpanchis*, 11-12 (1978), 71-101.
- 4/ Para una versión un tanto modificada de este mismo argumento, ver Florencia E. Mallon, "The Poverty of Progress: The Peasants of Yanamarca and the Development of Capitalism in Peru's Central Highlands, 1860-1940", Tesis de Doctorado, Universidad de Yale, 1980, 112-178.
- 4/ Bonilla, por ejemplo, basa su trabajo más que nada en sus impresiones sobre los sucesos de la costa norte y en el análisis de Favre sobre Huancavelica; Manrique y yo, por otra parte, hemos trabajado principalmente con documentos del valle del Mantaro.
- 5/ Para un buen resumen de las posiciones clásicas del marxismo sobre el problema nacional, ver Horace B. Davis, *Nationalism and Socialism: Marxist and Labor Theories of Nationalism to 1917*, New York: Monthly Review Press, 1967. Un tratamiento más a fondo de la literatura marxista sobre la cuestión nacional y sus implicaciones para zonas del Tercer Mundo se encuentra en Davis, *Toward a Marxist Theory of Nationalism*, New York: Monthly Review Press, 1978.
- 6/ Un análisis más completo sobre el desarrollo de esta clase dominante puede encontrarse en Mallon, "The Poverty of Progress. . .," 9-67.
- 7/ Esto es un resumen del tratamiento más extenso de la comunidad campesina presentado en *ibidem*, 38-43, 67-111.
- 8/ *Ibidem*, 44-67.
- 9/ Sobre las redes de clientelaje y las crecientes incursiones del capital comercial en la comunidad campesina, ver *ibidem*, 44-111.
- 10/ Andrés, A. Cáceres, *La guerra del 79. Sus campañas (Memorias)*, Li-

- ma: Carlos Milla Batres, 1973, 95.
- 11/ No se ha publicado hasta ahora un estudio de la guerra del Pacífico que intente ser objetivo. Algunas de las fuentes y análisis más interesantes son los siguientes: Jorge Basadre, *Chile, Perú y Bolivia Independientes*, Barcelona-Buenos Aires: Salvat Editores, S.A., 1948, 453-498, Charles Víctor Grosnier de Varigny, *La Guerra del Pacífico*, Santiago: Editorial del Pacífico (Segunda edición chilena), 1972; Cáceres, *La guerra del 79* . . .; Antonia Moreno de Cáceres, *Recuerdos de la campaña de La Breña (Memorias)*, Lima: Editorial Milla Batres, S.A., 1974; Patricio Lynch, *Memoria que . . . presenta al Supremo Gobierno de Chile*, Lima: Imprenta La Merced, 1883-1884; Pascual Ahumada Moreno, *Guerra del Pacífico (Documentos)*, Valparaíso: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1891 (8 tomos); y la serie de novelas sobre la guerra escrita por Guillermo Thornidike, incluyendo *1879*, Lima Libre 1, 1977; *El viaje de Prado*, Lima; Libre 1, 1978, y *Vienen los chilenos*, Lima: Promoinvest Compañía de Inversiones, S.A., 1978. Para los análisis más recientes, ver los trabajos de Manrique, Bonilla y Favre ya citados.
- 12/ Existe un acuerdo general entre los varios autores, sean pro peruanos o pro chilenos, sobre las dificultades políticas y económicas por las que atravesó el Perú durante la guerra. Thorndike, en *1879* y *El viaje de Prado*, nos da una versión novelística especialmente dramática.
- 13/ Cáceres, *La guerra del 79*, 86-88.
- 14/ *Ibidem*, 95.
- 15/ *Ibidem*, 99.
- 16/ Todas las fuentes, sin importar a qué grupo apoyan, están en acuerdo sobre las dificultades políticas en el Perú durante la ocupación. Ver especialmente Basadre, *Chile, Perú y Bolivia* . . ., 453-98 y Manrique, "La guerra del Pacífico. . .", 64-66.
- 17/ Antonia Moreno de Cáceres, *Recuerdos* . . ., 45, 78; Cáceres, *La guerra del 79* . . ., 18, 126; Adolfo Bravo Guzmán, *La enseñanza secundaria en el Perú*, Jauja, 1971 (2a. edición), 308; William Hutchinson, "Sociocultural Change in the Mantaro Valley Region of Peru: Acol्ला, a Case Study", Tesis de Doctorado, Universidad de Indiana, 1973.
- 18/ Entrevista con don Hernán Valladares, Huancayo, 3 de junio de 1977; y Notas de Investigación hechas por Nelson Manrique sobre Ambrosio Salazar y Márquez, *Memorias sobre la resistencia de La Breña*, Escrito por su hermano Juan P. Salazar, Archivo Histórico Militar, Lima, 1977.
- 19/ Bravo Guzmán, 654-58, tiene una lista de los oficiales del Batallón "Jauja" de la Guardia Nacional.
- 20/ Cáceres, *La guerra del 79*, 83-84.
- 21/ Bravo Guzmán, 655-56.
- 22/ Ricardo Tello Devotto, *Historia de la provincia de Huancayo*, Huancayo: Casa de la Cultura de Junín, 1971, 71; y Cáceres, *La guerra del 79*, 141, 173, 203.
- 23/ Cáceres, *La guerra del 79*, 99.
- 24/ Moreno de Cáceres, *Recuerdos*, 45.
- 25/ *Ibidem*, 46.
- 26/ La expedición del Canto se describe en Cáceres, *La guerra del 79*, 134-146; Tello Devotto, 63-66; y Manrique, Notas de Investigación sobre Salazar, 5-12.
- 27/ La expresión "montoneras" se refiere en general a bandas organizadas informalmente en el campo para apoyar a una causa política específica. El término ya se utilizaba al referirse a las bandas armadas organizadas en la sierra central durante

- las guerras de la Independencia. Ver Comisión del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, *Colección Documental: La actividad Patriótica del Pueblo en la Emancipación. Guerrillas y montoneras*, Lima: Editorial Lumen, S.A., Tomo V (4 volúmenes), 1971-1973. Una descripción de la forma en que se organizaron las partidas de guerrilleros se puede encontrar en Manrique, Notas sobre Salazar, 1; Archivo Prefectural de Junín (en adelante APJ), "Acta del Pueblo de Sincos. . .", abril 11, 1882; y Cáceres, *La guerra del 79*, 99 y 104.
- 28/ Bravo Guzmán, 291 y 671; Manrique, Notas sobre Salazar.
- 29/ Bravo Guzmán, 287-291.
- 30/ APJ, "Acta del pueblo de Sincos. . .", ob. cit., y Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Protocolos Notariales, Claudio José Suárez, Libro 890, nov. 30, 1864, ff. 774-778.
- 31/ Tello Devotto, 75-76.
- 32/ A pesar de que existen varias descripciones de la acción en sierra Lumí, he preferido usar la que da Ambrosio Salazar. Ver Manrique, Notas sobre Salazar, 4 y 6.
- 33/ Cáceres, *La guerra del 79*, 174-75.
- 34/ Bravo Guzmán, 287-88.
- 35/ Cáceres, *La guerra del 79*, 175.
- 36/ Moreno de Cáceres, por ejemplo, cuenta del disgusto que sintió doña Bernarda Piélagos, hacendada y tía de Cáceres, cuando el general insistió en recibir visitas de campesinos indígenas mientras estaba alojado en su casa en Huancayo. *Recuerdos*, 78.
- 37/ Manrique, Notas sobre Salazar, 14.
- 38/ APJ, "Oficio de los guerrilleros de Acobamba a Jacinto Cevallos", 16 de abril, 1882.
- 39/ Manrique, Notas sobre Salazar, 2.
- 40/ *Ibidem*, 14.
- 41/ APJ, "Oficio de los guerrilleros de Acobamba. . .", ob. cit. La caligrafía, ortografía y gramática de la nota original identifican a su autor como un campesino que, a pesar de ser alfabeto, no ha tenido una educación muy esmerada. El solo hecho de saber escribir, por un lado, lo ubica dentro de los grupos más acomodados de la comunidad. Por otro lado, la poca elegancia de su letra sugiere que no es campesino rico. Si podemos generalizar a partir de este caso, tendríamos que decir que los jefes guerrilleros tenían extracción media dentro del campesinado, y que no habían tenido tiempo durante las campañas para pedirle a un tinterillo que escribiera la nota."
- 42/ La referencia al Dr. Giráldez tiene que ver con el hacendado a quien Cáceres dejó a cargo de informarle sobre la avanzada chilena durante la invasión de la expedición Letelier en 1881-1882. A pesar de que Cáceres le dejó un caballo, Giráldez nunca le llevó mensaje. Cáceres, *La guerra del 79*, 142.
- El uso de la expresión *argolla* parece haber sido bastante generalizado, refiriéndose a los colaboracionistas. Ver Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. Sexta edición. Lima: Editorial Universitaria, 1968. VIII: 442.
- 43/ Obviamente, el papel del partido civilista en las negociaciones fue mucho más complejo. Fue inicialmente este partido el que organizó un gobierno para negociar con los chilenos, bajo la presidencia de García Calderón. Pero una vez en claro que no se podía llegar a un acuerdo sin cesión territorial, y en particular de territorios ricos en salitre, las negociaciones se estancaron. Esto ocurrió no solamente porque los civilistas tuvieron dificultad con aceptar la vergüenza de una fragmentación

- territorial, sino también porque varios miembros del partido tenían inversiones importantes en el salitre. Finalmente, el grupo que aceptó la paz con cesión territorial fue una fracción de la clase terrateniente, bajo el liderazgo de Miguel Iglesias, y no los civilistas. Ver Manrique, "Guerra del Pacífico y lucha de clases". 65 y 71 (nota 22).
- Para los campesinos, sin embargo, estos cambios de alianza no tenían relevancia. La palabra "civilista" mantuvo su significado original: los que negociaban en vez de pelear, el grupo en contra de quienes Cáceres había organizado la resistencia de La Breña.
- 44/ "Informe de Ambrosio Salazar a Juan Gastó sobre el combate en Concepción". Ingenio, 10 de julio de 1882, en Bravo Guzmán, 658-663.
- 45/ "Parte oficial del General Cáceres sobre los combates de Marcavalle, Pucará, Concepción, San Juan Cruz". Tarma, 31 de julio de 1882, en Bravo Guzmán, 667.
- 46/ Tello Devotto, 69-70.
- 47/ Para la costa, ver Bonilla, "El problema nacional y colonial...". 196-212. Para Cerro de Pasco, ver Colección Documental de la Biblioteca de Yale (en adelante YC). Notes from the Peruvian Legation in the United States to the Department of State, recorte del diario *New York World* (microfilm), 2 de septiembre de 1881 y también el recorte de *New York Daily Tribune*, Callao, 10 de septiembre de 1881. Ejemplos adicionales de la actitud de la clase dominante pueden encontrarse en : YC, Consulado de E.U. en el Callao, *Despatches*, Informe del Consul J.H. Moore sobre las acciones chilenas en la sierra, 7 de junio de 1882; YC, Consulado de E.U. en el Callao, *Records*, Miscellaneous Correspondence Received. Mc Nulty a Moore, Cerro de Pasco, 25 de noviembre de 1882 y 15 de mayo de 1883; Bonilla, 190; y Manrique, "Los movimientos campesinos", 89-92.
- 48/ Basadre, *Chile, Perú y Bolivia*. . . , 495-96.
- 49/ Cáceres, *La guerra del 79*, 183.
- 50/ *Ibidem*, 183-84.
- 51/ *Ibidem*, 184-94.
- 52/ "Carta del subprefecto de Jauja al Gobernador de Huaripampa", Jauja, 4 de mayo de 1883, en Bravo Guzmán, 673.
- 53/ Ahumada Moreno, *Guerra del Pacífico*, VIII, 161-62.
- 54/ *Ibidem*. La hacienda Chocas está 40 km. al este de Lima.
- 55/ *Ibidem*, 161.
- 56/ Lynch, *Memoria*. . . , II, 123-25, Cáceres, *La guerra del 79*, 194.
- 57/ Cáceres, *La guerra del 79*, 194-202. El resto de la campaña de Cáceres, incluyendo la derrota en Huamachuco, la reorganización de otro ejército en Ayacucho, el tratado de paz, etc., no tienen relevancia directa aquí. La mayoría de las fuentes citadas sobre la guerra contienen información sobre estos sucesos y sirven como referencia para el lector que quiera informarse con más detalle.
- 58/ Lynch, *Memoria*. . . , II, 125; Cáceres, *La guerra del 79*, 203-205; Ahumada Moreno, *Guerra del Pacífico*, VIII, 161.
- 59/ Ahumada Moreno, *Guerra del Pacífico*, VIII, 181-82.
- 60/ Tello Devotto, 72-73.
- 61/ *Ibidem*, 73.
- 62/ *Ibidem*, 72; Nemesio A. Ráez, *Monografía de la provincia de Huancayo (1898)*, Huancayo: Universidad Nacional del Centro del Perú, s.f., 21.
- 63/ Tello Devotto, 79; APJ, "Juan E. Valladares y otros al Prefecto del

Departamento". Huancayo, 10 de agosto de 1886; "Juan E. Valladares al Ministro de Gobierno". Lima, 7 de junio de 1886; "Ministerio de Gobierno al Prefecto del Departamento de Junín". 3 de agosto de 1886.

- 64/ Tello Devotto, 76 y 79; Manrique. Notas sobre Salazar, 7.
- 65/ APJ. "Subprefecto del Cerro de Pasco al Prefecto del Departamento". Cerro de Pasco, 23 de agosto de 1886.
- 66/ APJ. "Oficio de varios vecinos de Comas al Prefecto del Departamento". Jauja, 9 de septiembre de 1887.
- 67/ Bonilla. "El problema nacional y colonial. . .". y Favre. "Remarques". usan estas fuentes sin analizarlas críticamente. Es de aquí, aparentemente, de donde sacan la interpretación de que la movilización en la parte sur del Mantaro se tornó una guerra racial en contra de los blancos.
- 68/ Tello Devotto, 74-76; Ráez, *Mono-grafía*, 19, 25.
- 69/ Bonilla y Favre, a pesar de sus interpretaciones "raciales" de las movilizaciones, están de acuerdo con este punto. Ver Bonilla (basándose en Favre), 218; y Favre, 65.
- 70/ APJ. "Prefecto del Departamento al Gobernador del distrito de Comas". Huancayo, 31 de julio de 1884.